

## **CHOQUE DE TRENES**

(Una historia del barrio La Estación-Bello)

El Óscar de La Estación

Esta es la moderna historia del ave Fénix, construída, destruída y vuelta a reconstruir en el barrio La Estación del municipio de Bello. Porque como habitante de la última calle del barrio Manchester, o la primera frente a La Estación, recuerdo que ninguno de mis vecinos respondía “La Estación” cuando les preguntaban por su barrio de residencia. Todos decían que eran de Manchester, que sí tenía equipo de fútbol y, en general, fama de “buen” barrio dentro de la comunidad obrera. Incluso ignorando muchos la vulgar copia del estilo europeo, justamente de la ciudad industrial de Manchester, Inglaterra, considerada, desde el punto de vista arquitectónico y estético, como una de las urbes más feas del mundo. En Bello muchos sabían que pasaba el tren pero ignoraban, o querían ignorar, a la comunidad que se aglutinaba en su punto de llegada. Sobre todo a partir de los años setenta del siglo anterior, a mediados, cuando vino la decadencia de los Ferrocarriles Nacionales. Pero a La Estación no le podían quitar su único patrimonio: la vía del tren. O de los trenes. Sendero de progreso y estancamiento, de esplendoroso presente y prometedor futuro.

La vaca y el tren, podrían simbolizar estos dos últimos siglos de la historia bellanita. Hatoviejo era una gran finca, aún muy entrado el siglo XX como bien lo narra Tomás Carrasquilla en su novela “Grandeza”. Y luego pasó a ser el gran patio de nuestras experimentaciones urbanas, impulsadas por la locomotora. En mi cuadra éramos nueve familias: una por cada casa, sin segundos pisos, ni

multifamiliares, ni arrimados. En cada una el jefe del hogar era el padre que trabajaba: seis en Fabricato, incluyendo el mío, y tres en el Taller del Ferrocarril, mientras las madres se encargaban de todo lo demás. Teresa González, mi mamá, venía de Briceño, corregimiento en ese entonces del municipio norteño de Yarumal, y a fines de la década del cuarenta se vinculó como obrera de Fabricato e interna en el Patronato, la fortaleza socio-cultural y religiosa de la textilera. Mi papá, Óscar Gutiérrez, hijo de don Fernando (propietario del granero más vendedor en ese entonces en todo Bello, por estar ubicado en el inicio de la cuarenta y nueve, la calle más larga y famosa aunque sea carrera y luego se llame El Carretero, donde no se le negaba el fiado a ningún obrero de Fabricato y por eso se quebró), aguardientero (hasta donde se lo permitió el colon), hincha del DIM (única herencia que en realidad le agradezco) y jubilado de Fabricato, no duda en decir que le debe todo a la productora de los hilos perfectos: sus amigos, su esposa y sus hijos, levantados en aquella casa frente a La Estación, que también le debe a la empresa.

Yo nací el ocho de diciembre de 1967, justo a las doce de la noche, como mis hermanas y vecinos, en la clínica del ya desaparecido Seguro Social, enseguida del Patronato. La Estación, como barrio, sólo era conocida y reconocida por sus pocos habitantes a partir de los rieles, es decir, el mismo espacio que hoy ocupan los patios del Metro, sólo en una parte. En una punta estaba la casa de los Maya, los administradores del inmenso terreno propiedad del ICA y gozadores de las naranjas que luego arrasarían los obreros del consorcio hispano-alemán. Y en la otra estaba la casa de los Chalarca, un cuadrado perfecto de cemento con puertas y ventanas del mismo verde que utiliza la policía.

Y en medio de las dos familias, los Echeverry, los Meneses, La Pana (abreviatura de La Panameña) y su camada y otros, de una forma u otra vinculados con el ferrocarril. Y, por supuesto, la estación. No pasaban de una docena aquellas familias que el Metro se llevó por delante. A ellos no les daba pena decir de dónde eran y cómo se llamaba su lugar.

La dirección de nuestra casa era calle cuarenta y cuatro, número cuarenta y seis, setenta y dos, y según mi mamá la antigua propietaria dormía con un ataúd debajo de la cama. En Bello todo giraba alrededor de Fabricato. Y el tren, en su mejor época. Nuestra cuadra estaba "mocha" en dos sentidos: al norte por el Taller del ferrocarril y al frente por el lote donde hoy funciona la Tienda de La Panameña. Esa manga fue, hasta los setentas, cancha de fútbol y fumadero de marihuana, mientras los Paniagua tuvieron su kiosco frente al guayacán. Pero El Burro, entre otros, era un personaje famoso por sus largos baretos y por creerse el dueño del sitio hasta que lo mataron. Y entonces llegó don Guillermo Gómez, más conocido como El Loro, recién jubilado del ferrocarril, a levantar, él solo, una tienda con un hermoso vergel.

Así era la conformación familiar de nuestra cuadra: en la esquina los Cuervo (con doña Yolanda, directora de la Biblioteca Fabricato), luego seguíamos nosotros (mis padres y mis cinco hermanas que luego fueron seis a partir del veintiocho de diciembre de 1976 cuando llegó Beatriz, casi de mi edad, desde Briceño), después don Juan Castrillón (al que le gustaba mucho esa canción de Octavio Mesa que dice: "Soy el duende alegre/que ando por el barrio/a mí no me valen/cruz ni escapulario", luego El Loro, después la profesora Carmen o don

Sigifredo Loaiza, el que le compró, después el matrimonio de don Abelardo y doña Teresa Idárraga, vecinos de Apolinar Zapata, el papá de Darío, luego estaba la casa de don Epifanio y por último la de doña Nieves, famosa por sus estornudos, la mamá de José Alberto y de Álvaro, futbolista de la selección Manchester y después director de semilleros de futuros futbolistas. Después de esa casa había un pequeño lote debidamente amurallado donde pudo acomodarse un décimo vecino pero siempre lo utilizó el ferrocarril como depósito de grandes piezas de metal. Y finalmente estaba la casona, al mejor estilo de las sombrías zonas industriales europeas, donde funcionó el restaurante y luego la policía ferroviaria, tal vez la parte más inactiva del cuerpo armado en ese entonces pues su mayor operativo consistía en decomisarle la mercancía a una señora en chanclas que venía de San Andrés. Una vez le pregunté a La Panameña que si su “nombre” (pues nunca le ha gustado el de pila) venía de ahí (pues muchos también viajaban a Colón), pero ella me contó que su marido, ferroviario que en paz descansa, era el responsable porque se mantenía tateando esa canción que dice: “Panameña, Pana-meña/ vamó a bailá...” Para el que no conoce a Bello debe quedar claro que nuestra cuadra era antes de los rieles, entre el Taller y la textilera, y “La vieja estación”, como pequeño barrio, estaba después de los hilos de acero. De ahí era La Pana. Y su familia, entre la que está Talo, rey de las cartas y la simpatía.

Los cuatro jinetes de los caballitos de palo éramos el “terror” de la cuadra: José Alberto Carmona Guzmán, Iván Darío Zapata Botero, hijo de don Apolinar, Óscar Hernán Castrillón Chaverra, hijo de don Juan, y yo, la selección de futbolito que siempre perdía los partidos con la cuadra de la vuelta, la cuarenta y siete, entre las calles cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco. Esta cuadra se iniciaba con

la esquinera casa de doña Yolanda Cuervo, la directora de la Biblioteca Fabricato, y en ella también vivían los González cuyo hijo, Omar, fue por varios años director de la Biblioteca Marco Fidel Suárez, además de líder cultural. Y justo al frente los Pérez cuyo hijo menor, Óscar Andrés, es hoy alcalde electo. Y en seguida de los Pérez están los Idárraga, de tradición liberal. Y al frente de éstos los Quintero, cuya cabeza, don Gustavo, es un reconocido ebanista y líder deportivo. Y cómo no mencionar por esa misma acera, en seguida de los González, a las Jaramillo, almas caritativas y criadoras de cerdos. Tantas veces desperté de pesadillas que parecían prolongarse con aquellos chillidos infernales, pero entonces reaccionaba y brincaba de mi casa y al asomarme a la esquina ahí estaba doña Carmen Jaramillo, la “terrorífica” señora que nos aplicaba las inyecciones, tratando de subir al marrano de turno (porque más de un par no aguantaba su estrecho patio) a una camioneta. Pero quiero volver a lo del cuarteto de traviosos porque de ahí tengo felices recuerdos.

José Alberto, respondiendo a la herencia familiar, era el mejor con el balón. Y para la pelea. Don José, trabajador de Fabricato, se llamaba su papá, mi papá también se llama Óscar como yo y entre los cuatro protagonizamos una especie de deja vú etílico: cuando yo nací, el tan anhelado varón, mi papá, que siempre defendió el aguardiente, se enloqueció y se fue para el Supermercado Fabricato (más conocido entre las señoras como la proveeduría, ubicado en la parte trasera de la misma manzana de la otrora clínica del Seguro Social, hoy Hospital Marco Fidel Suárez) donde se gastó una buena suma de dinero comprando diferentes clases de licor. Y a don José, su compadre, le llevó todas esas botellas que él muy

felizmente recibió. Creo que hasta whisky tenía esa canasta de lujo. Y por supuesto mi mamá casi seco a mi papá a punta de cantaleta. Pero el regalo se devolvería con el tiempo porque José Alberto empezó a laborar tan pronto se graduó de bachiller (costumbre muy propia de la que tampoco pude zafarme: estudiar hasta el grado once, o sexto de bachillerato en ese entonces, para salir a trabajar por un salario mínimo) y cada fin de semana me invitaba a beber. La licencia para vender licor en la cuadra la tenía El Loro (ahora la tienen todos) que en el lote del frente sembró, además de la caseta de la tienda con sus respectivos servicios de agua y energía eléctrica y unas cuantas bancas estratégicamente ocultas entre las enredaderas, yuca, maíz, frijol, un par de plátanos, un par de mangos y un limón. No creo que sea irreverente o exagerado si digo que El Loro era un anciano hiperactivo, más de un muchacho de los de ahora quisiera tener la energía que tenía ese señor. Respecto al mencionado sitio era agricultor, constructor, plomero, electricista, administrador y servidor general pues hasta para patear el trasero de los que tratábamos de hurtar sus frutos estaba al tanto.

La última vez que salí con José Alberto casi me hace matar porque le metió una pedrada a un taxi cuando regresábamos de tomar cerveza y escuchar salsa en El Remanso, y el carro le dio la vuelta a la manzana, veníamos por la autopista con la cuarenta y ocho, y justo en la esquina de la discoteca Hatos me alcanzaron porque José Alberto, como buen futbolista era veloz y ya iba llegando a su casa. Dos tiros al aire hicieron los ocupantes del vehículo y yo fui tan imprudente que les grité y los insulté, afortunadamente fueron unos señores que no hicieron nada y se fueron con la ofensa. Y a mí, la verdad, hasta la fecha, todavía me da vergüenza con los vecinos de ese sector del barrio Manchester.

Pero sería injusto decir que sólo por ese hecho se acabó, en la práctica, aquella amistad. Porque siempre ocurren los inevitables cambios que trae el tiempo, que para nuestro caso concreto el más determinante fue, sin duda, la transformación de la estación del ferrocarril en la estación Bello del Metro de Medellín. La familia de José Alberto fue la primera en irse en medio del estancamiento que sufrió la gran obra durante el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990).

El nuevo orden urbanístico y social, que imponían los planos del megaproyecto de transporte masivo, no admitía discusión. Por eso don Apolinar Zapata también perdió su casa, porque con los precios que pagaron vale la afirmación. Y lo mismo le paso a la familia de don Epifanio. De Iván Darío, entre nosotros Darío, es el que guardo más recuerdos por ser el más travieso, aún ya mayor. Acompañante de Óscar, el menor de los Maya, en la periódica recolección de naranjas (en el espacio que actualmente ocupan los patios del Metro), diseñador, constructor y manipulador de cometas de alto vuelo (en la misma cuadra, sin tener que desplazarse a las mangas de Niquia), tumbador de las tórtolas que se ubicaban en el techo de la casona, donde hoy funciona la sede y el supermercado de la cooperativa de trabajadores ferroviarios, con sus certeras pedradas (nunca usaba cauchera), ocasional reparador de bicicletas, rellenador de muñecos de trapo (que luego serían quemados la noche del treinta y uno de diciembre) y, por ende gran consumidor de pólvora, sin sufrir ningún accidente con este material. Hasta coleccionista de cachuchas y sombreros era Darío. Creo que éste último antojo lo tenía desde muy pequeño al ver, cuando acompañaba a doña

Laura, su mamá, a la plaza de mercado, la vieja barbería y sombrería en la esquina de la carrera cuarenta y siete con la misma calle, a una cuadra del asilo de la parroquia Santa Inés, cuyas paredes eran decoradas con sombreros de esos que usaban nuestros abuelos.

Y el tren era el medio que le proporcionaba a Darío las variadas prendas. Y a nosotros el espectáculo. El día era el domingo cuando venían de paseo la mayoría de los pasajeros de Puerto Berrío o El Limón. La mayoría se bajaban en Bello, pero los que seguían hasta Caribe, en buena parte borrachos, quedaban muy tranquilos en sus asientos junto a la ventanilla: entonces ahí quedaba a la vista de los habitantes de La Estación (que siempre le hacían la corte al imponente medio de transporte a esa hora de la agonizante tarde o la naciente noche, que a veces podía ser hasta la medianoche ante los descarrilamientos y otros imprevistos, porque incumplidos con los horarios sí eran) y los pasajeros recién llegados que esperaban los taxis de Auto Lujo (como los Dodge Dart, que sí eran grandes y amplios), o que se quedaban comprando a los comerciantes, que amanecían en la casa de las Jaramillo, piñas, yucas, guanábanas, murrapitos, queso costeño de banco, gallinas vivas o carne de res, una completa vitrina de sombreros. A Darío le gustaban las cachuchas, ciertos estilos caribeños (como los que aparecían en las carátulas de los discos de salsa) y unos cascos (parecidos a los que usan los obreros de la construcción) que estaban de moda por esos días y que los muchachos equivocadamente calificaban de “beisbolistas”.

El tren empezaba poco a poco a coger velocidad mientras José Alberto, Óscar y yo maliciosamente nos reíamos en el corredor trasero de la gran casona, que en la actualidad administra Coonaltef, y Darío, que ya tenía seleccionada la

cabeza que despeinaría o cuya calvicie quedaría al descubierto, ponía esa cara de yo no fui, ahí parado donde ahora quedaría la raya amarilla antes de entrar al vagón, en un extremo del corredor, o incluso más allá, en la arena junto a los otros rieles, donde la máquina adquiriera más velocidad, y cuando tenía al frente al elegido pegaba ese salto gatuno e infalible que dejaba en su mano derecha el anhelado sombrero mientras en esa ventanilla nos quedábamos con la imagen de aquella cabeza que giraba en medio de un atontamiento, que escasamente le permitía a su dueño esbozar una cierta sonrisa nerviosa. En un pequeño museo de prendas para la cabeza se convirtió la pieza de Darío hasta que doña Laura se cansó de ese martilleo en las cuatro paredes. En la Discoteca Hatos, ubicada en el parqueadero de la unidad residencial Luguri, se gastó Darío los ahorros, que don Apolinar trató de acumularle desde la Primera Comuni3n, comprando whisky. Y no ha dejado Darío de ser asiduo visitante de las calles que lo vieron crecer, pese a ser v3ctima repetida de la violencia y a vivir ahora, con su familia, cerca a la iglesia Santa In3s, todav3a vecino de La Estaci3n. Porque el corte semicircular que impuso el Metro en nuestra cuadra, “empat3ndola” con la carrera cuarenta y seis, desapareci3 las propiedades que estaban a partir de los Zapata y se llev3 un buen pedazo de las que quedaron.

De los Cuervo qued3 un espacio donde luego montar3an una carnicer3a. Y de nuestra casa de toda la vida desapareci3 la sala, obligando a reacomodar el cuadro del Sagrado Coraz3n de Jes3s, y la pieza de mis dos hermanas mayores. Algo similar ocurri3 enseguida, en la casa de don Juan, cuyos hijos Juan Alberto, alias guan3bana, y 3scar Hern3n (3scar entre nosotros, porque yo era 3scar Ignacio) se manten3an en los tejados. Incluso 3scar me cont3 que esa era una

herencia familiar porque a su papá también le gustaba montarse en los techos, sólo que, ya jubilado del Taller, se cuidaba mucho de las viejas habladoras. Claro que cuando Óscar “techeaba” lo hacía por divertirse mientras que Juan Alberto se dedicaba a reparaciones o limpiezas.

Me atrevo a decir que don Juan Castrillón era un tipo raro porque daba la impresión de que jamás se miraba en un espejo al insistir, en las escasas oportunidades de diálogo, en el tema de la supuesta feura de Juan Alberto. Pero cada quien. Lo que sí tenía don Juan era una extraña manía de coleccionar inútiles piezas de bronce. Y entre sus mascotas nunca faltó un gato negro. Óscar era un fanático de los “comics” o revistas de muñequitos en una época en la que la televisión era en blanco y negro. A él le debo mi fascinación por Kalimán, Arandú, El Santo (El enmascarado de plata), Condorito, Supermán y los demás superhéroes gringos entre los que estaba, por supuesto, El Hombre Araña y su archienemigo El Duende Verde.

A principios de los ochenta, cuando sacaron a El Loro de su “fortaleza” y montó la tienda en su casa con una pequeña réplica de aquel vergel junto a su acera, muchas parejas comenzaron a utilizar ese escondite “natural” (por lo de las enredaderas y el par de arbustos en medio del entablado) después de ciertas horas de la noche, que a veces no eran muy altas puesto que nos sorprendían a nosotros, el cuarteto de La Estación, por ahí rondando con la misma curiosidad con la que luego íbamos al Teatro Rosalía, en su etapa decadente y pornográfica. Entonces a Óscar, que siempre fue osado y hasta temerario, se le ocurrió un juego que sin duda a nosotros, jóvenes irresponsables, nos pareció muy divertido pese a lo arriesgado. Y era que cuando llegaba alguna pareja a sentarse en aquellas

bancas en medio de la oscuridad, el menor de los varones de don Juan se entraba en su casa para treparse al techo con una jarra llena de agua, pasándose luego al techo de El Loro, supuestamente sin que lo vieran, desde donde vaciaba el contenido a los amantes que buscando el calor encontraban un refresco. José Alberto, Darío y yo nos quedábamos en la esquina o en el quicio de mi casa jugando cartas, sin atreverse ninguno a quitar los ojos del juego, hasta que sonaba ese ¡Splash! seguido de las sacudidas, al estilo canino, y las mil maldiciones. Mucho gozamos las tres o cuatro veces que funcionó, aunque nos mirara feo la pareja recién mojada. Hasta que llegó esa vez en que, después del ¡Splash!, empezaron a sonar unos golpes, que efectivamente correspondían a la golpiza que el mojado le estaba dando a Óscar. La aporreada no fue mucha, en últimas un par de hematomas y un orgullo roto, pero si suficiente para que terminara ese jueguito.

Óscar, como su padre, creía en la brujería. Y en la poligamia, de ser practicable y teniendo el dinero. Ellos, como doña Elvia, Nora, Nubia y Gladys (q.e.p.d) son de Barbosa, vereda La Herradura. Y allá volvieron. El viejo tren los trajo y el nuevo los hizo ir, días después de la muerte de Gladys.

Pero así como doña Nieves era de Caracolí y los Zapata de Girardota, pues pocos de los mayores podían decir que habían nacido en Bello, Óscar también tenía una mezcla multirracial, tan propia de la mayoría de los habitantes de Bello, síntesis de la Colombia pujante y progresista.

Hace unos años muchos habitantes de La Estación, desconocida como sector entre la mayoría de los bellanitas, preferían decir que eran de Manchester. Ahora es al contrario: muchos habitantes de Manchester, cercanos a La Estación,

optan por decir que son de éste último barrio, cada vez con más vocación comercial. Y cultural, según el proyecto del alcalde electo Óscar Andrés Pérez de convertir las otrora instalaciones del Taller de los Ferrocarriles Nacionales en un centro de educación politécnica y superior.

La Estación sigue siendo, hoy más que nunca, lugar de referencia y convocatoria, además de tradicional puerta de entrada a la ciudad multicultural y diversa, nuestra adaptable Babel, transformadora de los constantes choques sociales en puntos de fuerza y apoyo para el progreso del país.